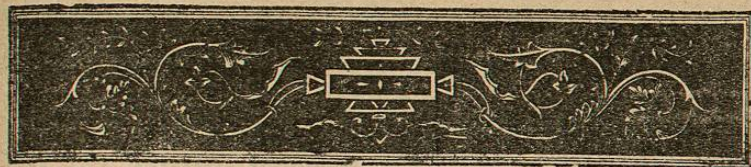


ORACION FUNEBRE



*Potens in terra erit semen eius,
generatio rectorum benedicetur.*

Poderosa será su semilla sobre la
tierra, porque la posteridad de los
justos será bendita.

PSALM. CXI, 2.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

ILUSTRISIMOS SEÑORES:

HERMANOS MIOS:

QUÉ se escapa á todas las ambiciones: ni el poderío de las riquezas, ni las galas de la hermosura, ni los anhelos del amor, ni siquiera el ascendiente de la sabiduría, subsisten un momento más allá de la tumba. Harto sabido es que allí todo brillo

se apaga, toda energía se agota y toda ternura se desvanece.

Y sin embargo, la humanidad no cesa en su ahinco de vivir para siempre en recuerdos amados y gloriosos. Aunque diariamente palpa que *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo*, (1) busca con ansiosos afanes y laboriosa sollicitud el dulce goce de la inmortalidad.

¿Qué significa ese deseo siempre insaciable? ¿Quedaría acaso en la naturaleza caída como una señal de corrupción y desorden? ¿Será uno de los rasgos que le imprimió la vengadora justicia de los cielos?

En el día mismo de la creación, cuando el dedo de Dios tocaba el espíritu del hombre para dilatarlo, haciéndolo capaz de la felicidad eterna, tocó también el centro misterioso de la vida, comunicándole su propia inmortalidad. Desde entonces, el corazón sintió la necesidad imperiosa de vivir para siempre; y ese anhelo, como muchas dádivas del amor divino, llegó á ser, después del pecado, un prin-

(1) Isa., XI, 6.

scipio del castigo eterno y una prenda también de felicidad completa.

Por tanto, si el hombre intenta perpetuarse donde la perpetuidad no existe; si quiere grabar su nombre en algo de esta tierra, que al fin es polvo que los vientos disipan; ó si va á poner su amor en algo tan frágil y deslesnable como lo que del mismo polvo fué formado, aquél anhelo será fuente cotidiana de dolorosas inquietudes y desdichas inconsolables. En vano amará hasta el sacrificio; en vano con palabra elocuente llevará en pos de sí las inteligencias y las voluntades; en vano dará cima á prodigiosas hazañas, en que el valor se admire y la magnanimidad reciba el aplauso de las generaciones.

Pero si su corazón se une á lo que eternamente dura, no sólo legará un nombre á las futuras edades, sino que también vivirá para siempre en el amor y en las bendiciones de los pueblos.

Sólo Jesucristo es inmortal; pero es tan generoso su corazón, que ha concedido ese privilegio á los que, como El, abandonan las grandezas caducas y abrazan la locura de la cruz.

Por eso solamente nosotros, redimidos por El, podemos apostrofar á la muerte en la presencia misma de los símbolos que la representan, exclamando como el Apóstol: *Ubi est mors victoria tua? Ubi est mors stimulus tuus?* (1)

Lo que no han conseguido los sabios, los legisladores, los poderosos de la tierra, que sólo imperan un día sobre las inteligencias y dirigen un momento las voluntades, es herencia exclusiva de los justos: su memoria, en verdad, domina las generaciones y subyuga los pueblos; cuando al parecer han descendido á las tinieblas, brilla sobre su frente el fulgor del medio día; y sólo de ellos puede decirse, como de Jesucristo, que su sepulcro está circundado de gloria: *et erit sepulchrum eius gloriosum* (2).

Tal fué, hermanos míos, el varón esclarecido que hemos venido á celebrar aquí, el Illmo. Señor D. Vasco de Quiroga, primer Obispo efectivo de nuestra Diócesis, apóstol verdadero de Jesucristo y civilizador de estas regiones.

(1) I Corint., XV, 55.

(2) Isa. XI., 10.

Confieso ingenuamente que nunca, como ahora, he lamentado la insuficiencia de mis palabras para desplegar ante vosotros el cuadro magnífico de sus virtudes públicas y privadas, presentando su figura portentosa ya en el tribunal del magistrado, ya en la sede del legislador, ya en el banco del catequista, ya en todas partes, difundiendo la fé y la generosidad de su corazón. Asistiríamos con él á la fundación de hospitales, de escuelas, de pueblos; descenderíamos con él al fondo de todas las miserias para consolarlas, de todas las debilidades para robustecerlas, de todas las tinieblas para disiparlas.

Sólo entonces comprenderíamos que, á semejanza del Apóstol, se hizo todo para todos, con el fin de ganarlos á todos; que, empequeñecido con los pequeños, no se desdenó de tomar con sus manos unguidas los instrumentos del agricultor y del artesano, para enseñar por sí mismo el cultivo de la tierra y las artes mecánicas á cuantos había arrebatado al salvajismo, para hacerlos partícipes de los beneficios sociales.

De esta suerte, aparecería destacándo-

se en toda su magnificencia la figura inmortal del más ilustre de nuestros obispos. Mas ya que es necesario mantenerme en los límites de mis facultades, tomaré otro rumbo, y no fijaré mis ojos sino en lo que más se impone en la admirable vida de este eximio Prelado.

Entre los timbres de gloria con los que Jesucristo había de aparecer en todas las generaciones, el gran profeta Isaías realza, sobre todos, el de la paternidad, apellidándolo el padre de un siglo futuro, *pater futuri saeculi* (1). De esta misma gloria hace partícipes á los que ha querido que tengan mayores rasgos de semejanza con El. Y sin duda esta es la más positiva de las inmortalidades, porque quien consigue la paternidad, reproduciendo en sus hijos y en los hijos de sus hijos, se perpetúa hasta la consumación de las edades. El tiempo y el espacio pueden opacar su memoria; pero al través de toda mutación, de todo cambio, aparece su obra imperecedera.

Este es el carácter que domina en el

[1] Isa. IX, 6.

Illmo. Señor D. Vasco de Quiroga, carácter de tal suerte grandioso, que compendia su gloria incomparable. Hablaré, pues, sumariamente, de su legítima paternidad sobre nosotros.

Sólo Dios, hermanos míos, era en la eternidad el dueño de la vida; y para manifestarse en el tiempo, la comunicó á otros por una maravilla de su omnipotencia. Pero el dar la vida es el mayor grado del vivir; por eso Dios tiene un Verbo igual á él, engendrado por él en el día perpetuo de la eternidad, *ego hodie genui te*. (1)

Cuando dió el ser al hombre, le comunicó también el don glorioso de la fecundidad, para que en esto se advirtiese más la semejanza entre el Creador y la criatura, *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. (2) Dios, en efecto, uniéndose á sí mismo en el eterno goce de su esencia, produce el Verbo consubstancial; el hombre también se unió á sí

(1) Psalm. II., 7.

(2) Gen., I, 16.

mismo, á la carne de su carne, *caro de carne mea, os de ossibus meis*, (1) y al verse reproducido en otro ser, pudo decir como Dios: *ego hodie genui te!*

Pero ¡oh triste condición de la miseria humana! El gran poder que Dios concediera al hombre para hacer duradera su felicidad, lo ha convertido éste en desventura y ruina. ¡Infeliz Adán! Cuando pronunciaste por vez primera esa palabra que te hacía semejante á Dios, no fué sobre el hijo de tus alegrías, sino de tus dolores; no la escuchó el trasunto del hombre recto y casto, que en tí había hecho Dios, sino la muerta semejanza del hombre de pecado, á que dió origen tu insensata desobediencia! ¡Desdichado padre de nuestra estirpe! Ni tú ni tus hijos comunicarán la vida, porque, hasta la consumación de los tiempos, se oirá, sobre la cuna de los que acaban de nacer, este canto terrible de maldición: *per unum hominem peccatum in hunc mundum intrabit, et per peccatum mors!* (2) Y en el oído de todas las madres resonarán siempre las primeras

(1) Gen. II., 23.

(2) Rom. V. 12.

palabras de ira que dirigió á la mujer la eterna justicia de los cielos: *in dolore paries filios!* (1) Es decir, en el dolor y para el dolor!

Y desde que el hombre despreció su origen y su destino, el acto que más lo habría de asemejar á Dios, fué lo que de El más lo apartaba, lo que vino á colocarlo al nivel de las bestias, lo que abrió las cataratas del cielo y acrescentó las llamas del abismo, lo que arrancó de los labios purísimos de Dios aquella exclamación terrible: *poenitet me fecisse eos!*.....(2)

Admiremos, sin embargo, hermanos míos, el poder que Dios tiene para producir el bien valiéndose del mal, sin tocar siquiera el libre arbitrio del hombre.

En Jesucristo, dice San Pablo, han sido restauradas todas las cosas; por El no sólo recuperaron su ser primitivo, sino que fueron elevadas también á mayor altura, *ubi abundabit delictum, superabundabit gratia* (3). ¿Cómo pudo verificarse esto en la obra de comunicar la vida? Acabo

(1) Gen., III, 16.

(2) Gen., VI, 7.

(3) Rom., V, 20.

de decir que todas las madres escuchan aún estas tristísimas palabras: *in dolore paries filios* (1). ¿Quién había de creer que en esta sentencia, está contenido el germen de la redención? Predice ciertamente el dolor; pero desde que Jesucristo tomó sobre sí todos los dolores, *dolores nostros ipse portabit* (2), estos tuvieron la fuerza divina de purificar. Desde ese día, los hijos de los hombres, al pasar por el crisol ya divino de las lágrimas, quedan purificados: y aunque el egoísmo les haya dado la primera vida, el verdadero amor les da la segunda, y la apacible mirada de la castidad puede descender y posarse sobre sus frentes, porque no son ya los engendros del placer, sino los hijos del dolor!

Esto sin duda es grandioso, hermanos míos, pero no es completo. Se necesita algo más para que esa primera vida pueda substraerse del dominio desenfrenado de las concupiscencias. ¿Qué hará Dios, señores, para extender hasta ello los beneficios de la redención.....? Tomar con sus propias manos un corazón y otro corazón,

(1) Gen., III, 16.

(2) Isa., LIII, 4.

un cuerpo y otro cuerpo, un alma y otra alma; unirlos en estrecho lazo, *Deus conjunxit* (1); derramar allí una gota de la sangre preciosísima de Cristo, é inspirar luego al Apostol de las gentes esta sublime frase de regeneración: *sacramentum hoc magnum est, in Christo et in Ecclesia* (2).

Creereis por ventura, hermanos míos, que después de tantas maravillas sobre la generación, esta quedó redimida por completo; y sin embargo no es así: para ello se necesitaría que el hombre, al comunicar la vida, comunicara al mismo tiempo la gracia; pero ¡ay! nunca dejarán de verificarse aquellas tremendas palabras: *per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors*. Es cierto que una vez sola, por un exceso de amor, no se llevó á cabo esa sentencia; pero aún entonces no fué el hombre conducto de la gracia, porque esta vino directa é inmediatamente de Dios. ¿Qué hará El para redimir la vida, sin violar la ley de la solidaridad perfecta, en la que descanza toda la economía del humano linaje?.... *Nihil*

(1) Matth., XIX, 6.

(2) Ephes., V, 23.